

## LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE BARCELONA'92: LA OPORTUNIDAD PERFECTA PARA LA TRANSFORMACIÓN URBANA

---



**Josep M. Coll**

*Investigador sénior asociado, CIDOB*

**T**rece oros, siete platas y dos bronce llevaron a España al sexto puesto en el medallero de Barcelona'92; de lejos la mejor actuación de su historia en unos juegos olímpicos. Fueron los juegos del mítico *Dream Team* –el mejor equipo de baloncesto jamás reunido–, del gran velocista y saltador Carl Lewis, del virtuoso gimnasta Vitaly Scherbo y del nadador gigante Alexandr Popov. Estos dos últimos compitieron bajo la bandera olímpica de la Comunidad de Estados Independientes, que representaba a los ex estados de la antigua Unión Soviética.

«Los mejores juegos olímpicos de la historia», así fueron calificados por el presidente del Comité Olímpico Internacional. Sin duda, fueron un éxito deportivo y organizacional; pero no sólo esto. Con el paso del tiempo, los resultados deportivos pasaron a un segundo plano, quedando como una anécdota al lado de un plan estratégico que tenía un objetivo muy claro para organizar este megaevento: la transformación urbana de la ciudad.

Barcelona fue escogida la sede de los xxv Juegos Olímpicos en 1986, el mismo año en que España –en pleno proceso de desarrollo democrático– se había integrado en la Unión Europea. Los juegos representaban, por un lado, una excelente oportunidad de apertura internacional y, por el otro, de transformación urbana de una ciudad eminentemente gris e industrial, a pesar de estar ubicada en el cálido y luminoso Mediterráneo.

El plan urbanístico se estructuró a partir de la realización de doce proyectos esparcidos por toda la ciudad: cuatro de ellos estaban directamente relacionados con las infraestructuras olímpicas y representaron una clara mejora de cuatro barrios de la ciudad. El resto de proyectos estaban vinculados a la mejora del transporte, la apertura al mar y el acceso a la vivienda y los servicios –como el cinturón de las Rondas, el complejo comercial Illa Diagonal, el MACBA, la plaza de las Glòries y El Port Vell y el Maremàgnum.

La implementación de este ambicioso plan se llevó a cabo gracias a dos factores clave: el auge de los ingresos de la organización –el Comité Organizador Olímpico Barcelona'92 (COOB'92)– (1.678 millones de dólares)

y la atracción de inversiones olímpicas (8.000 millones de dólares). Estas inversiones se realizaron en infraestructuras de viabilidad y transporte, viviendas, telecomunicaciones y servicios, equipamiento hotelero y deportivo e infraestructuras ambientales. El 61% de esta inversión se produjo en obra civil, lo que indica un elemento esencial para entender la capacidad de regenerar la ciudad, y sólo el 9,1% del total de inversión fue destinado a financiar las instalaciones deportivas.

La gran capacidad de atracción de inversiones fue un éxito del modelo de gestión público-privada que se materializó con la empresa mixta HOLSA, un consorcio creado por el Ayuntamiento de Barcelona y el Gobierno español. Las obras olímpicas también despertaron el interés de los inversores privados, quienes aportaron un 36,8% de la inversión (un tercio de ellos proveniente de capital extranjero). La iniciativa privada se orientó hacia la inversión hotelera, en viviendas y centros de negocios. La organización apoyó su estrategia comercial en generar grandes expectativas por un mayor atractivo de la ciudad.

La excelencia organizativa y la gran capacidad inversora llevada a cabo durante seis años (1986-1992) propiciaron un impacto económico y social remarcable en la ciudad y su área metropolitana. Los primeros efectos fueron el descenso del paro y la reanimación del mercado de la vivienda por el auge de la construcción. La tasa general de desempleo en Barcelona pasó del 18,4% en 1986 al 9,4% en 1992 (mientras que en España la reducción fue menos significativa, pasando del 20,9% al 15,5% respectivamente).

El auge del turismo después de los juegos olímpicos fue espectacular. El aeropuerto de Barcelona pasó de acoger a 2,9 millones de pasajeros en 1991 a recibir 21 millones en 2002. Los juegos fueron un punto de inflexión para revalorizar y posicionar la marca Barcelona en el panorama mundial. Pasó de ser una ciudad industrial a percibirse como una ciudad internacional y vanguardista, *business-friendly*, orientada a los servicios, a la atracción del talento y a la calidad de vida mediterránea.

La construcción y el turismo capitalizaron la primera oleada de impactos. Con los años, Barcelona ha consolidado el profundo proceso de renovación urbana capilarizando los beneficios de sus respectivas inversiones en la sociedad y el tejido emprendedor. De hecho, el impacto económico postolímpico de la ciudad condal se estimó en 20.000 millones de dólares, el mayor resultado de la historia hasta Beijing 2008. Pero el legado de Barcelona'92 no termina en la economía, si no en su rédito social. La mejora del urbanismo, la vivienda, el transporte y la movilidad, las instituciones culturales, las instalaciones deportivas, el saneamiento y la fachada marítima han sido las principales credenciales del capital público invertido. Y el aumento de la capacidad y calidad hotelera, locales y oficinas, vivienda, el puerto deportivo y los parques empresariales han sido los principales beneficios de la inversión auspiciada por la iniciativa privada. La renta olímpica repercutió en un mejor posicionamiento estratégico de Barcelona en el mundo, un aumento de la competitividad, mayor atractivo, aumento de la renta, atracción de talento y mayor cohesión y bienestar social.

Sin embargo, no todas las inversiones tuvieron la misma fortuna e impacto. Algunas instalaciones deportivas –como el estadio olímpico

de Montjuïc y el velódromo de Horta– han sido infrautilizadas; el fuerte estímulo al sector de la construcción e inmobiliario abrió la veda a la especulación urbanística; y las expectativas de construcción de vivienda social no se cumplieron en absoluto. Por ello, no todo fueron luces en el proceso.

El Gobierno supo dar continuidad al impulso de los juegos con proyectos desarrollados a posteriori como el Fórum de las Culturas y el Plan 22@, que sirvieron para regenerar los barrios de la Diagonal Mar y el Poblenou, a la vez que dinamizaron la actividad emprendedora y el clima para hacer negocios. El paso del tiempo –gran aliado– ha convertido Barcelona en un modelo de referencia internacional en la organización, inversión e impacto de unos juegos olímpicos para una ciudad a largo plazo.

Los juegos fueron el impulso que la ciudad necesitaba para entrar en la élite mundial, al lado de ciudades como Nueva York, París o Londres. Esta última se inspiró en el modelo Barcelona de transformación urbana para organizar sus juegos de 2012. El propio Sebastian Coe, director del Comité Organizador de Londres 2012, afirmó que «el deporte cambió la imagen de Barcelona, a través de la creación de más espacios verdes, la apertura de la ciudad al mar, la construcción de viviendas a precios razonables, y la transformación de la economía de la ciudad».

Barcelona supo, con gran maestría y un liderazgo inclusivo, catapultar el entusiasmo generalizado de la sociedad civil para crear estructuras de consenso públicas y privadas entre el Gobierno local, regional y estatal que hicieron valer el gran lema de sus juegos olímpicos: «amigos para siempre». El tocho y el sol pusieron el resto. Fue bonito mientras duró.

